



El Sendero del Tentador

Esta columna apareció por primera vez en la Crónica del 11 de Marzo de 2018

Saliendo de la casa de mi hermana en Portland una mañana, abrí la puerta del auto a descubrir señales de un visitante no invitado: la guantera abierta, la chamarra de motocicleta en el asiento delantero, una bolsa de lona debajo del volante con un par de jeringas y viales inyectables adentro.

Había dejado la puerta sin seguro, y pagué el precio por mi negligencia. La penumbrosa luz de la calle fue suficiente para exponer el botón vertical a la mirada de mi intruso nocturno desde la banqueta. Él vio una oportunidad única, libre de riesgo. Fue una tentación que no pudo resistir. Abrió la puerta y se arrastró hacia dentro.

Pensó que simplemente estaba cruzando una línea por la que podía retroceder tan fácilmente como había entrado. En cuestión de minutos se iría ileso e inalterado sin ninguna repercusión que temer. No se le ocurrió que, en lugar de solo dar un paso, estuvo por seguir un sendero: un sendero de tentación cada vez más grave y una rendición cada vez más fácil. La noche siguiente en la cuadra proxima podría espiar un bolso en el asiento delantero y romper la ventana para tomarlo. La noche tercera, en una cuadra aún más

abajo, podía ver un juego de llaves en el encendido y seguir su camino manejando.

Así es como debe haber sido al comienzo de su vida de robos para el ladrón que conocí. Una y otra vez las sugerencias del Tentador lo atrajo: entrada fácil, salida fácil; ningún dolor, buena ganancia. En poco tiempo, el *sendero* de la tentación, apenas perceptible, se convirtió en un trillado *camino* de vida, pavimentado con piedras de auto justificación. Hizo una "carrera" de robar bancos. A la edad de 62 años, después de un tiroteo con la policía, él fue arrestado y puesto en la cárcel, donde lo visité por varios meses. Su fe era sorprendentemente selectiva; él reconocía a Dios pero no le temía. No se arrepintió porque hacía tiempo que había justificado su forma de vida completamente a su satisfacción. Pero la auto justificación no le ganó misericordia en el tribunal. Por fin la salida más fácil estaba cerrada para él. Pasó el resto de sus años detrás las rejas.

El Tentador detrás de nuestras tentaciones nos derriba por el simple método de hacernos empañar distinciones. Confundida por la astucia de la Serpiente, Eva desastrosamente no pudo distinguir los dos árboles que Dios había colocado en el Jardín. En una oscura calle de Portland, la incitación de Satanás a saquear mi automóvil rompió la disposición de un viandante a distinguir mi espacio del suyo. Durante toda una vida de tentación, el Gran Engañador convenció a un ladrón de bancos a desestimar la distinción entre lo que pertenecía a otros y lo que le pertenecía a él.

El ayuno Cuaresmal nos da *fuera para distinguir*. Cuando nos negamos a comer y beber, damos un golpe contra el primer deseo

de exigir satisfacción, nuestro llanto recién nacido para ser alimentados. Es una demanda que debe cumplirse si queremos vivir; necesitamos comer y beber. Pero todos los días nos sentimos tentados a comer en exceso porque queremos comer y beber a plenitud, aún al nuestro detrimento físico. Después de algunas semanas en la escuela de ayuno, aprendemos a través de mordidas que no se toman a controlar nuestro deseo para lo que *queremos*, y nos sentimos agradecidos de tener lo que *necesitamos*. Esta distinción salvadora es una que el Tentador hará todo lo posible para evitar que hagamos, porque sabe que podemos emplearla para dominar también otros deseos de superación. Y eso podría llevar todos sus esfuerzos a la ruina.